

EL HERALDO DEL ISTMO

— REVISTA ILUSTRADA —

Director: GUILLERMO ANDREVE.

"Bien faire et laisser dire."

NOCHE NEGRA

A DARIO HERRERA

En la tarde,
en la tarde que se esfuma, que se pierde misteriosa,
de occidente allá en un lecho de jacintos y amapolas:
en la tarde que es del día
la agonía melancólica,
el llamado á la tristeza
de las almas que declinan acercándose á la sombra,
oigo el pío
de una tórtola,
el reclamo lastimero de avecilla que está sola,
como está mi pensamiento,
sin que nadie le comprenda, sin que nadie le responda.....

Y en la tarde,
en la tarde que se esfuma, que se pierde misteriosa,
cómo siento
las angustias de esa tórtola,
despreciable animalillo que así canta, que así llora,
como cantan los poetas sus ternuras las más hondas,
ante el cielo indiferente, contra el pico y la ponzoña
de los cuervos y reptiles
que el dominio se reparten de la tierra y de la atmósfera....

Cesa el pío
de la tórtola:
en la raya de occidente los jacintos y amapolas
blandamente se deshacen en el mar de negras ondas
que azuzando la carrera
han venido del Rey Astro.... Cuántas mínimas coronas
de otros astros, de otros reyes extranjeros de este mundo
se divisan allá en lo alto y el espíritu acongojan!....

Si son lágrimas de plata,
nada más á la distancia, las aureolas
de esos reyes del espacio que cautiva mano incógnita ...?
Si común es nuestra suerte,
si los cielos también lloran!

Y en la tierra adormecida bajo el manto de las sombras,
algo extraño hay que palpita:
es el alma de las cosas
que no encarnan todavía,
que no tienen cabal forma,
siendo ya calor y vida, fuerza ideal, materia loca

ó expansiones invisibles
de energías intra-atómicas....

Noche negra sucediendo á la tarde melancólica,
cuanto más fúnebre avanza,
más cercana está á la aurora:
y el espíritu contempla reducido en horas breves,
todo el tiempo, la acción toda
de la vida y de la muerte,
de la luz y de la sombra,
de verdades y mentiras
que no acaban, que se siguen, que se alcanzan y eslabonan
en cadena interminable por los siglos,
á través de esas edades que se burlan de la Historia.
—boletín de cuatro días,
escritura temblorosa—
que es al tiempo, á la medida de los hechos infinitos,
lo que al ciclo de un cometa es el vuelo de una mosca...

Meditando,
meditando de la noche bajo el palio, en esta hora,
la asustada carne tiembla al pensar en la más negra
noche eterna del abismo, de la tumba silenciosa.....

° Y el monólogo de HAMLET sube al labio del incrédulo,
y la mística plegaria del creyente fluye sorda,
como un eco sin sentido,
como vano, último auxilio que reclama el que se ahoga....

Pero, el sabio
teosofista, varón recto que desprecia la mentira,
la mentira de la carne, la primera élla entre todas,
sin temor la noche mira que se extiende ante la tumba,
porque sabe que *su mente* no es capricho de una hora,
accidente miserable, trunca página de un libro,
sino *espíritu*.... reflejo de sí mismo en toda cosa:
que es la vida y que es la muerte,
que es la luz y que es la sombra,
que es lo eterno, lo que dura, lo que nada hace imposible,
ni descansa, ni se duerme, ni se funde, ni se agota.....

Carlos G. Amézaga.

Lima. 1906.

“LAS DOS AMERICAS”



El último libro del Presidente Roosevelt lleva el título de *Las dos Américas* y es un libro muy bello. Me permito disentir en el punto doctrinario sencillamente porque soy latino. La raza es también un punto de vista y ninguno como nosotros está en el deber de creer en la plena soberanía hispano americana para en caminar sus propios destinos.

Es un tomo muy bello como obra de estilo el libro del *sportman* presidente, extravagante y austero. No es una paradoja decir que Roosevelt es un estilista. Tiene párrafos que parecen arrancados de las páginas del *Memorial* napoleónico. La belleza en este escritor tiene un encanto sobrio: esta es la palabra un encanto de bronce. Es una belleza que no puede ser sino sencilla porque no responde á pensamiento; muy altos. Tal es el estilo de los grandes hombres de acción. La frase es cortada y acerada como una orden. En este libro norteamericano hay mucho de ello. Las cláusulas son breves y concisas. Acostumbrados á hacer cosas trascendentales la literatura en ellos es ejecutiva, imperativa. El pensamiento refleja un gesto. A través de ca-

da idea se admira el tipo ejercitado en la práctica de los acontecimientos. Hechos á las magnitudes humanas están obligados á narrarlas sencillamente para hacerlas resaltar mejor, en toda su grandeza verdadera.

Las dos Américas tiene como libro literario el corte inglés. El acápito corto, severo, casi cobrizo, casi metálico. La metáfora apenas vuela, pero vuela bajo la sugestión de los grandes hechos, tal como las metáforas de Bonaparte, tal como las imágenes del Bólyvar de las proclamas. Roosevelt dice á ratos: «esto puede hacerse y debe hacerse, cultivándolo como se cultiva un jardín de flores medicinales». Pero ahí se detiene, ¿y para qué continuar si todo lo ha dicho y sentado en una noble conclusión, reflejo de su alma de dictador que no puede evitar su temperamento ni la imagen?

Es un modo de escribir singular el de éstos elegidos del Destino para las emociones colosales. Leed la alocución de César. Oíde en su arduo día: *Alea jacta est*. Breve é inmortal. Cuanta vida lanzada como un dado en el tapete gris de la suerte! Oíd al otro César: al Corso: «Desde lo alto de éstas Pirámides cuarenta siglos os contemplau». Huelga la admiración. Y es que como escribe Saint Beuve hablando

del Gran Federico: «La frase emotiva en éstos superiores no es sino un mandato de la mentalidad ejecutiva». Sí! La literatura está en ellos mismos en sus actos, que llevan consigo una maraña de pequeños y siempre dolorosos detalles, y con los cuales forman como los poetas de la rima con sus emociones el conjunto trascendental de un acontecimiento. Ellos son los poetas de la acción, llevan consigo la vida en sus actividades más discretas y más desgarradoras, por eso en ellos todo, y más la tristeza, tiene que ser grande. De ahí que su estilo tenga esa sobriedad, esa sencillez que no es sino como un reflejo práctico, sí, práctico de sus teorías. Educados en la rutina de los hechos reales, son reales hasta en la misma metáfora. Su estilo es el mejor símbolo de ellos. Leed á Miranda, fino y firme como una profecía; leed á Juárez, afirmativo y breve como un dístico; á Nariño certero y austero como una síbala. Ellos no saben cultivar la anémona, sino la encina. No pueden tocar la flauta, sino el clarín. No pueden escribir con tinta de lirios, sino con agua de amarguras. Su estilo son ellos mismos, el estilo del Destino, el estilo de los predestinados que es un estilo que ordena y ejecuta.

EMILIANO HERNANDEZ.

Manos trágicas

TERMINADA la comida, mientras los criados levantaban los manteles y preparaban la sala de juego, los cuatro amigos de Andrés Vargas, invitados á pasar una temporada veraniega en la quinta rústica que éste poseía á orillas del mar, se encaminaron precedidos por él á la glorieta, haciéndose llevar allí el café y encendiendo las magníficas panotelas con que éste los obsequiara, cuyo humo en retorcidas espirales ondulaba un rato en la atmósfera serena saturada por el perfume fuerte del tabaco, y se perdía luego impelido por una suave brisa.

Desde la glorieta el panorama era á toda hora hermoso y en aquella tranquila y sosegada especialmente encantador. El mar, húmeda sábana movible de vastas proporciones, cuyas aguas de un color verde azulado tenían fosforescencias llamativas como miradas felinas, estrellaba con impetu sus olas en el repecho del tajamar que contenía sus conquistas y reventaba su hermoso penacho en una sarta de líquidos brillantes más atractivos cuanto más fugaces. Sobre de él, como la hermosa capa de un rey oriental, la bóveda del cielo cuajada de puntos relucientes como lentejuelas de plata, semejava una decoración de cuento de hadas. Y entre el cielo del cual se hallaban muy lejos y el abismo que las atisbaba muy cerca, las barcas pescadoras, con las velas latinas extendidas á todo viento, semejaban pájaros oscuros en la noche; y alejándose de la ribera al son del canto monótono de los pescadores se perdían en la misteriosa inmensidad.

—Qué hermoso es esto! dijo de pronto Roberto, uno de los cuatro amigos, alto, moreno como buen hijo del mediodía, y de grandes ojos soñadores. Qué hermoso es, repito, y cuánto me mueve á envidia tu felicidad en poseer este hermoso rincón del paraíso, Andrés! Qué buen gusto has tenido en hacerte de este retiro delicioso! Dí, cómo y cuándo lo hubiste?

—Pues amigo mío, respondió sonriendo el interpolado, esta propiedad la compré á los herederos del pobre Luis Sartori, muerto trágicamente hará cosa de ocho meses.

—Luis Sartori, el elegante rey de los salones, muerto dice? exclamó en son de pregunta, como sorprendido, otro de los convidados, joven doctor en derecho, de lentes y perilla, llamado Ricardo Díaz.

—Pues, sí, querido. El caballero fino y culto, el amable Sartori, murió trágicamente como te digo, hará ocho meses, á los treintidós

años, lleno de juventud, de talento, y de dinero, pero también de amargura y de tristeza.

—Alguna historia pasional, quizá... aventuró el tercer convidado. Tú debes saberla, Andrés. Querías relatárnosla?

—Con gusto, amigos míos. Traté mucho á Luis y conozco todo el drama. Oíd mi relato que es en verdad interesante.

Y arrellanándose cómodamente en el sillón, chupó con delicia su ciguro, lanzó una bocanada de humo azulado y comenzó así:

Todos vosotros conocísteis á Sartori, y esto me evita entrar á narraros generalidades de su persona que os son conocidas. Inútil, pues, decir sus triunfos de sociedad y su buena fortuna en las carreras de caballos y las apuestas del *Polo Club*. También supísteis de su generosidad y valor, y puedo, sin preámbulos, entrar de lleno en el desarrollo del drama, comenzando por los antecedentes de su matrimonio, que son de gran interés para la perfecta apreciación del final y que vosotros ignorais, aunque sí sabéis seguramente que casó con una mujer joven y bonita.

—En efecto, dijo Roberto. Supe de su matrimonio y asistí á él, pero no conozco el desarrollo de sus amores y eso mismo creo pasa á los demás.

—Así es, dijeron los otros.

—Pues bien, comienzo. Prestadme toda vuestra atención.

Hará cosa de tres años conoció Luis en casa del General Luque á una hermosísima y virtuosa joven, sobrina de éste, que por primera vez se presentaba en sociedad. La belleza de Rosario, que tal era su nombre, atrajo desde el primer momento á Luis, que estuvo cortejándola durante toda la velada; y tal fué la impresión que en él dejara la joven, que ya de regreso á su casa no pudo conciliar el sueño pensando en ella.

Esto fué el principio de una gran pasión amorosa, de la pasión que había de hacer la felicidad y la desgracia á un tiempo de nuestro amigo. Desde esa noche buscó con afán las ocasiones de ver á Rosario, en la cual descubría á cada momento nuevas cualidades que le hacían perder el seso más y más.

En verdad la joven era una linda rubia, candorosa, de opulenta cabellera y ojos de cielo. Tenía formas esculturales y sus movimientos todos revestían una elegancia suma. Educada

A Juan J. Mendez, afectuosamente.

cuidadosamente sabía hacer toda clase de labores, y tocaba el piano y bordaba divinamente.

Sus manos sobre todo eran las más lindas del mundo, y Luis, que como hombre de gusto refinado se volvía loco por las manos bellas y aristocráticas, no cesaba de admirarlas y de desearlas. Esta pasión de Luis por las manos era ya antigua, y no se sabe de ninguna de sus conquistas que las tuviera feas, pues para él consistía el mayor atractivo de la mujer en las manos y desdefiaba por completo á las que no habían sido favorecidas por la suerte con unas bellas y divinas.

Fué así, pues, como nuestro amigo que comenzó galanteando á Rosario acabó por enamorarse locamente de ella, que á su vez cayó en las redes del niño ceguezuelo; y ya podréis suponer ese idilio entre un hombre de treinta años que lo sabía todo y una muchacha de dieciséis que todo lo ignoraba, romántica gracias á su educación conventual y celosa de una manera terrible, hasta el punto de hacer jurar á Luis que ella había sido su primer amor, cosa que él por de contado juró sin escrúpulo, creyéndola de poco valer y de ninguna influencia en su destino.

Estos amores duraron cerca de un año, y terminaron con un recíproco juramento en la vicaría y un viaje de novios á Suiza ó Italia, delicioso según las cartas que muy de tarde en tarde escribía Luis á uno que otro amigo.

Como todo tiene término, también lo tuvo este pasco, y un día de Octubre regresó el joven matrimonio rebosando dicha, y pronto comenzó á hacer vida social, llamando la atención en bailes, teatros y reuniones la linda Rosario Sartori, cada día más enamorada de su marido, de quien era correspondida con creces.

—Aún recuerdo con agrado, interrumpió en este momento Gerardo de Valmar, el cuarto amigo, á la gentil Rosario con quien valsé en dos ó tres ocasiones.

—Y yo, dijo Hugo Mires, el tercer amigo, recuerdo á mi vez la descubella la apuesta que con Alfredo Zayas y conmigo hizo Rodolfo Márquez, á propósito de esa linda mujer.

—Qué apuesta fué esa? dijo Andrés, olvidando su narración.

—Pues sencillamente pretendía Rodolfo, que es una cabeza á pájaros, ser el amante de Rosario antes de dos meses, y cubrir de besos y mordiscos las lindas manecitas que pos á.

—Ah, loco! dijo Andrés. Perdió desde luego; me atrevería á jurarlo.

—Oh, sí! Rosario lo trató horriblemente; y Rodolfo, que no es malo en el fondo, confesó de manera pública en el círculo que esa mujer era inconquistable.

—Lo sabía, dijo Andrés. Y prosiguió en seguida:

A su regreso, Rosario tuvo ocasión de conocer á Lolita Rodríguez, otro prodigio de belleza, y al punto se estableció una corriente simpática entre ambas tan grande, que en poco tiempo fueron amigas inseparables. De parte de Rosario esta afección fué sincera. Ignoro hasta qué punto lo sería por la de Lolita, pues debo decir que esta mujer de fuego tuvo amores apasionados con Sartori años atrás, amores escandalosos que todos conocían menos el anciano doctor Rodríguez, esposo de Lola. Sin embargo, es de creerse que eso ya estuviese concluído, pues aunque Lola tuviese también muy bellas manos, eran más bellas aun las de Rosario, y Luis no pensaba sino en su mujercita. Me diréis quizá qué debió impedir la amistad de la esposa con su antigua querida, pero esto resultaba algo difícilillo y lo mejor era callarse como lo hizo y dejar marchar los sucesos que por cierto tomaron un giro muy distinto del que podía suponerse como vais á ver en seguida.

Como entre mujeres la murmuración y la malignidad son moneda corriente, no faltó una indiscreta intencionada que revelara á Rosario la historia de aquellos amores pecaminosos. Os he dicho ya que era celosa en extremo, y aunque delicada y frágil como cristal de bohemia, de unas pasiones terribles. Cuando se lo contaron, una tempestad horrible se desató en su alma, no solamente por creerse engañada de Luis cuando la juró de novios ser su primer amor, sino porque estaba convencida además de ser burlada y escarnecida de la manera más villana, creyendo á pie juntillas que Lola solo se había hecho su amiga para estar más cerca de su antiguo amante y poder burlarse de ella á su sabor. Fué más lejos aún, recordó que Lola poseía unas manos preciosas que ella misma había alabado muchas veces, creyó que eran más bellas que las suyas y concibió odio hacia ellas, un odio profundo que nada ni nadie fué capaz de aminorar. Y comenzó de seguida á meditar en la venganza y combinó uno y otro proyecto loco, como inspirados en la profunda cólera que la dominaba. Indudablemente, queridos, no hay nada más terrible que una mujer celosa, pues es capaz de realizar los actos más extraños y sorprendentes, sin miedo alguno por las consecuencias que luego sobrevengan.

Uno de estos actos cometió Rosario. Con-

vidió cierta vez á Lola aquí mismo á pasarse una temporada, y aceptada por la otra con alegría la propuesta vinieron acompañadas apenas de dos sirvientes. Sartori quedó en la población arreglando asuntos de importancia, y debía reunirseles dentro de dos ó tres días.

Rosario disimuló cuanto pudo su estado de ánimo durante el viaje y en la noche de su llegada aquí. Pero al otro día temprano, temiendo si difería su proyecto que llegara Luis y se ofreciera con este motivo algún obstáculo, invitó á Lola á dar un paseo á caballo por el bosque cercano y salieron ambas alegremente con intención de ir á visitar una ermita en ruinas que hay á dos kilómetros escasos de este sitio, en un hermoso rincón del bosque lleno de árboles magestuosos y de frondosa y verde vegetación. Qué pasó luego entre ellas no se sabe, pues Rosario nunca quiso confesarlo á Luis ni á ninguna otra persona, y Lola tampoco ha dicho nada hasta ahora sobre esto. Pero es lo cierto que á poco de haber salido, regresaron ambas, por distintas vías, pálidas y ensangrentadas, escondiendo las manos con gran cuidado. La primera en llegar fué Lola, quien en seguida preparó sus maletas y marchó á la ciudad á toda prisa, como loca y aterrorizada. Luego llegó Rosario abatida y calenturienta. Ambas tenían destrozadas las manos, lo que hace suponer una lucha salvaje. Pero las heridas de Lola no eran de cuidado, sanó pronto y poco se le notan hoy las cicatrices. Rosario en cambio tenía una gran herida que le dejó defectuoso el índice de la mano derecha y una gran cicatriz desde éste dedo hasta más arriba de la muñeca. Es de suponerse que una vez solas en el bosque Rosario increpara á Lola por la supuesta traición, diera rienda suelta á sus celos y furiosa atacara á su amiga, dirigiendo sus ataques á las manos, que eran las que consideraba causantes de todo. Lola, más fuerte, se defendería con energía, y furiosa al verse herida, arrebataría el arma, algún cuchillo de caza de los muchos que Luis tenía aquí, y á su vez lograría herir á su rival bravamente. Después, tal vez asustada al verla herida, huyó llena de temor.

Luis llegó casualmente ese día, y su sorpresa y su dolor fueron grandes. Encontró á Rosario decaída, nerviosa y sumida en hondo silencio. Inútiles fueron sus cuidados y sus afanes, pues solo pudo saber lo que le contaron las sirvientes. Rosario no quiso decirle nada, y apenas estuvo mejor escribió á su tío el General que viniera por ella. Vino este buen señor y al enterarse de lo ocurrido, no halló razonable la conducta de su sobrina y se negó á llevarla consigo. Rosario tuvo entonces una crisis violenta; se declaró una fiebre cerebral maligna y solo á fuerza de cuidados consiguió Luis salvarla. Pero su naturaleza quedó minada

y con el fin de intentar una curación emprendieron viaje ambos, un viaje penoso y triste, en que paseó nuestro amigo á su esposa enferma por las grandes capitales europeas y visitó todas las notabilidades médicas sin ningún resultado. Una fiebre lenta minaba á Rosario; tosía con tos seca muy á menudo; sentía dolores profundos y punzantes en la espalda, y sobre todo su melancolía era constante. Lloraba mucho y hablaba poco. No se quitaba nunca los guantes, ni fué más para Luis la cariñosa paloma de antes, con gran desesperación de éste que veía escaparse la vida de su ídolo poco á poco y con ella también la suya. Esta tortura duró cerca de tres meses, y al cabo de ellos murió Rosario en Berlín, dulcemente, como quien se durmiera fatigado, con un sueño de piedra cuyo despertar no ha de llegar nunca.

Andrés calló por un largo rato. Todos sus oyentes estaban ligeramente emocionados, ya que amigos de Sartori, esta historia hubo de impresionarlos un poco. Pero como Andrés prolongara el silencio y como distraído fumara pausadamente, preguntole Hugo Mires:

—Bien, Andrés, y Luis cómo murió? Por qué no terminas de una vez tan dolorosa historia?

—Luis, dijo Andrés, murió en Suiza. Al pié de un talud lo hallaron un día unos montañeses. A su lado estaba su escopeta descargada y á los pies *Minuto* su perro favorito. Tenía una herida de arma de fuego en el pecho. No se sabe si fue asesinado ó si se trataba de un suicidio. Como nadie presenció el hecho...

—Pobre Luis! dijeron todos, se suicidó sin duda ninguna. Y por un rato, como pensando en la tragedia de su vida, permanecieron mirando al mar, que había quedado desierto. Las barcas pescadoras estaban ya muy lejos, y no se escuchaban las melancólicas canciones de los pescadores. Las estrellas habían desaparecido del cielo que cubrían densas nubes y un viento fuerte comenzó á soplar de pronto.

El silencio se prolongó largamente. De pronto un criado que pasó con luces avisó que estaba lista la mesa de juego, y á invitación de Andrés todos abandonaron la glorieta y preocupados aun con el recuerdo de Luis Sartori y de Rosario la linda mujer de manos divinas, dieron comienzo á una partida de *pocker* ya apalabrada.

Media hora después, las emociones del juego habían borrado todo recuerdo en aquellos hombres.

GUILLELMO ANDREVE.

Versos rurales

PARA EL HERALDO DEL ISTMO.

...Primavera que ríe, Primavera que pierde las almas....—Los pastores dicen cosas sencillas sobre los tamboriles, porque todo está verde y porque ya se fueron las hojas amarillas.

Es el tiempo del vino, de los vinos añejos. Y por tí, Primavera, sobre alegres pollinos nos echamos al campo para cazar conejos, para comer tus frutos, para libar tus vinos.

Al frescor de la tarde, cuando en la lejanía tiembla el tinte cenizo de un retazo de Otoño, danzamos con las mozas de la vieja alquería, al frescor de la tarde que perfuma el retoño....

Oye amada muy mía: me voy tornando obeso como un abad.—El bruto del Alcalde asegura que me tiene rollizo lo sabroso del queso; y, ponte muy contenta: soy amigo del cura.

LUIS C. LOPEZ.

El premio de Sor Ingenua

Oh! Hermana Sor Ingenua, casta flor de Tristeza que buscando una ruta para ir hasta el Divino, desdeñaste la toga de corte parisino por cefirte la toca de la humilde Profesa.

Ah! pobre Sor Ingenua, has errado el camino!... porque cuando despierte en tí Naturaleza, te latirán las sienas, te arderá la cabeza, y al rosario de nácar lo verás solferino.

A solas con un Cristo de rizado mostacho, adorarás á Cristo por adorar á un macho, y pecarás si rezas y también si suspiras;

Vagarás por los clautros febriciente y escuálida, y obtendrás como premio, cuando duermas muy pálida, la mentira más negra de todas las mentiras.

RICARDO MIRO.

Ingenuidades tristes

PARA EMILIANO HERNANDEZ.

Ante el estuche de los ritmos finos, y con la magia de tus manos blancas, á la sonora dentadura arrancas la charla misteriosa de los trinos.

Los ágiles arpegios argentinos ecos derraman por las salas francas; se oyen susurros como de alas blancas, y cadencias de *trémolos* divinos.

Con un recogimiento doloroso oigo el ritmo del valse cadencioso; porque en las alas de las claras notas

Vienen á mi memoria confundidos, ecos lejanos de placeres idos con languideces de ilusiones rotas!

MIGUEL RASCH ISLA.

El Himno de la noche

A la culta é inteligente Señorita

FRANCISCA PANAMA

"Amor y placeres la sombra me inspira
Si amor es mentira delicias también:
Dejadme un momento vivir engañado
Creyendo encantado de amor en la fé."

El luminar del día hunde su magestuosa frente en el ocaso, como una hostia de oro fundido.

El último aliento del moribundo sol tiñe de vivos y diversos colores á las nubes que flotan en Oriente formando una orgía de luz.

En el éter vago se mecen, arrulladas por la brisa y cual florones de gasa transparente, las sutiles brumas que después de lucir su traje de huríes radiantes se esfuman como las ilusiones de nuestra existencia.

El cierzo cruza fugaz por entre las frondas entonando una lánguida armonía; las aves atraviesan el espacio en busca de su albergue; los cristalinos arroyuelos murmuran, ora con bulliciosa algarraba como una turba de políticos inconscientes, sin Dios y sin ley, ora como un cuchicheo de viejas despalazando honras y comentando asuntos y exacciones de Gobiernos tiránicos, ora como el resbalar suave de una gota de rocío en el cáliz de un lirio immaculado.

De las montañas descenden gradualmente negras sombras caprichosas, y al confuso rumor de las auras van surgiendo en el ancho firmamento miríadas de estrellas como pupilas palpitantes de oro.

Ya la blanca virgen de Oriente muestra su disco de argentada luz y escalando el azul purísimo del cielo envuelve en sus ondas de poética melancolía al universo todo.

Las luciérnegas errando por entre las sombras como una nutrida lluvia de fuego, se apagan y se encienden, desaparecen y vuelven á brillar, unas por entre el césped humedecido por el confortador rocío, otras por entre el follaje de los arbustos repletos de fecunda savia y otras al aire libre, formando así nubes de chispas rojizas que parecen incendiarlo todo.

Los fuegos fatuos que baillan, como llamadas de intensa luz recorren en un instante

Bellezas Salvadoreñas



SRTA. FRANCISCA PANAMÁ

millones de leguas por el ancho firmamento, tan rápidos como nuestros pensamientos de errabundos visionarios.

Todos esos fenómenos sorprendentes de la creación, con sus velos aéreos y su apacible y fantástica luz entre las penumbras de indecisas claridades, nos hacen pensar con profundo arrobamiento, en la gran ternura y en los designios

del autor (de tan sublimes cuánt) maravillosas evoluciones.

¡Cuánta luz y cuanta poesía! El vasto palio del azul del cielo cubierto de pupilas de oro como llamaradas de cirios pascuales; la luna con sus crenchas de plata bruñida sigue su marcha triunfal dejando á su paso una estela brumosa de indecisa luz; la brisa con su murmullo sonoro desciende desde los cerros y se aduerme entre las flores á los arrullos de los insectos. La imponente quietud de la noche es interrumpida solamonte por leves rumores que le dan mayor realce á su profunda majestad.

Si el impío tuviera una alma que sufriera y gozara, que pensara y meditara en la dulce contemplación de las sublimes evoluciones de la Naturaleza, ora estuviera ésta osteatando aterroradas iras como en una tempestad deshecha, ya haciendo derroche de sus incomparables galas, ese impío caería de rodillas para elevar su pensamiento al Hacedor Supremo.

En tan dulce contemplación nuestra febril fantasía tiende sus muelles alas y se remonta á los espacios infinitos, y sin rasgar de la duda el velo sigue cruzando el vacío envuelta en el fulgor purísimo del astro de la noche y del mágico arder de las estrellas, columbra el alcázar dorado de la suprema felicidad, y sigue en pos de él en vuelo rápido, vertiginoso. Pero encuentra al llegar una puerta inaccesible: la de la duda. Sin fé en el alma es imposible penetrar resueltamente al alcázar dorado de la suprema felicidad, y entonces nuestra absoluta fantasía se trueca en las negras sombras del pesar.

Las evoluciones de la naturaleza están amenizadas por la orquestación sublime de los céfitos que aromados con el hábito de las tempranas flores cantan en coro el himno de la noche.

S. CORTES DURAN.

San Salvador Centro Améri a.

Correspondencia europea



HOY es domingo y como día de movimiento y alegría, nada tengo qué hacer en la calle. Estoy solo en el salón *fumeur* del hotel y se me ha ocurrido escribir sobre algo que no ha dejado de arrancarme una profunda meditación.

La triste noticia de la trágica muerte de Pedro Currie, el ilustre descubridor del *radium*, ha producido en toda la Europa un verdadero estupor. Jamás pudo creerse que un hombre tan grande y necesario pereciera de manera tan absurda; como los fieles admiradores de Zola, no pudieron resignarse á la idea de que el robusto escritor sucumbiera por culpa de un defectuoso calorífero.

Currie, hijo de un médico que vive todavía, nació en París el 5 de Mayo de 1859. Hasta el 1903, él no era conocido suficientemente. En el momento en que hizo su descubrimiento, estaba de simple Profesor de Química y Física industriales en la ciudad de París.

Tímido, silencioso, y de carácter pacífico y dulce, dicen sus biógrafos, —su rostro siempre triste, expresaba el hábito de la meditación. Había publicado varios estudios sobre los fenómenos de la cristalización, pues alejado de toda ambición, no procuraba alzarse siquiera á un puesto superior. El descubrimiento del *radium* y sus facultades, fué un gran avvenimiento, una renovación de la Ciencia. Apesar de todo, Currie se mostraba sorprendido del rumor que

ocasionaba su nombre. Jamás tuvo avidez de gloria ni de fama. No deseaba otra cosa que la calma necesaria para la continuación de sus estudios. No pertenecía á aquellos hombres de ciencia demasiado célebres, que confían prematuramente á las indiscreciones de los *reporters* el descubrimiento de un remedio infalible contra las enfermedades más incurables. Currie no tenía apuro. Tenía, además, gran desconfianza, y hasta miedo, de las conclusiones precipitadas y arriesgadas. Su genio no era un juego de suerte, y su ciencia nada tenía de semejante á aquellas del Doctor Dulcamara.

El laboratorio donde estudiaba Pedro Currie parecía la oficina de un alquimista; era una miserable barraca, en que se confundían las tenazas con las vejigas, los reverberos con las espátulas, y mil instrumentos misteriosos de los cuales el genio de este hombre produjo milagros.

Una joven rubia, con un delantal blanco, iluminaba aquella *botega de la ciencia*, situada en un sitio silencioso y desierto. Era la Señora Currie, hija de un Profesor de Física. El amor por la ciencia había unido las dos inteligencias y los dos corazones. Fué entonces se dice—cuando la Señora Currie estudió por primera vez los fenómenos de la *radio-actividad* de los cuerpos. Ellos juntaron sus descubrimientos y los resultados de sus respectivos experimentos; agregaron otros más y descubrieron juntos el *radium*, aquel metal del que puede decirse que tiene la virtud sobrenatural de emitir el calor y la luz, y producir la electricidad,

sin perder nada, ni de su propio volumen ni de su peso, al menos en la apariencia.

Los esfuerzos hechos por los dos esposos, para obtener los resultados que tanto han maravillado el mundo, fueron extraordinarios. Con tranquila, pero tenaz energía, consiguieron extraer de cierta tierra que se halla especialmente en Bohemia, pocos gramos del singular metal, en partes pequeñísimas, pero de un valor inmenso. El descubrimiento de Currie hizo creer por el momento, que las leyes de la Física serían modificadas. Si el *radium* podía dar luz, calor y movimiento, sin perder nada de su propia energía, indudablemente que aquel metal se convertiría en agente creador. La teoría era arriesgada y peligrosa; pero Pedro Currie no se cuidaba de formularla y le disgustaba que otros lo hiciesen. El no era ni filósofo ni fabricante de sistemas, pero sí un científico positivo que descubría y controlaba hechos precisos.

En 1903 la Sociedad Real de Londres concedió á Currie la Medalla Davy una de las más altas recompensas científicas.

En el mismo año, la Academia Real de Stocolmo distribuyó el Premio Nöbel de cien mil coronas entre dos sabios franceses: Currie y Becquerel. Este último había anunciado, en 1896, poco después del famoso descubrimiento de Röntgen, que los compuestos del *uranium* emitían radiaciones casi idénticas á las de los rayos X. En 1894, una Cátedra de Física fué instituída por Pedro Currie en la facultad de ciencias de Sorbona, y su esposa

Homenaje

POSTAL

Son tus azules ojos dos lagos adormidos
donde sus alas bate la garza del ensueño,
y tus pequeños labios botones encendidos
que guardan de los besos el místico befeño.

Tu evocas el recuerdo de aquellos tiempos idos
de la bendita Grecia. Sirviera tu diseño
para adornar un templo pagano. Entre cupidos
qué hermoso resultara tu rostro marfileño.

Si siempre eres hermosa como visión divina
que hacía una patria ignota sus pasos encamina:
si en tí las gracias todas vertieron un tesoro,

sublimas tu belleza, te muestras hechicera,
cuando desatas, niña, tu blonda cabellera,
que cae sobre tus hombros como una lluvia de oro!..

DEMETRIO FABREGA.

fué nombrada Directora de los trabajos del
Laboratorio anexo á aquella Cátedra.

En fin el 3 de Julio de 1905 la Academia de
Francia lo eligió miembro en las secciones de
Física.

Laborioso y enemigo del fausto, Currie vi-
vía lejos del centro de París. Su vida estaba
dividida entre la ciencia y la familia: la mujer,
su fiel y devota colaboradora; el anciano pa-
dre, de ochenta años á quien él veneraba y
sus adorados hijitos. Cuando sentía saltar en
sus rodillas la más pequeña de sus criaturas y
la veía reír y decir "papá", el ilustre sabio olvi-
daba el *radium* y sus glorias.

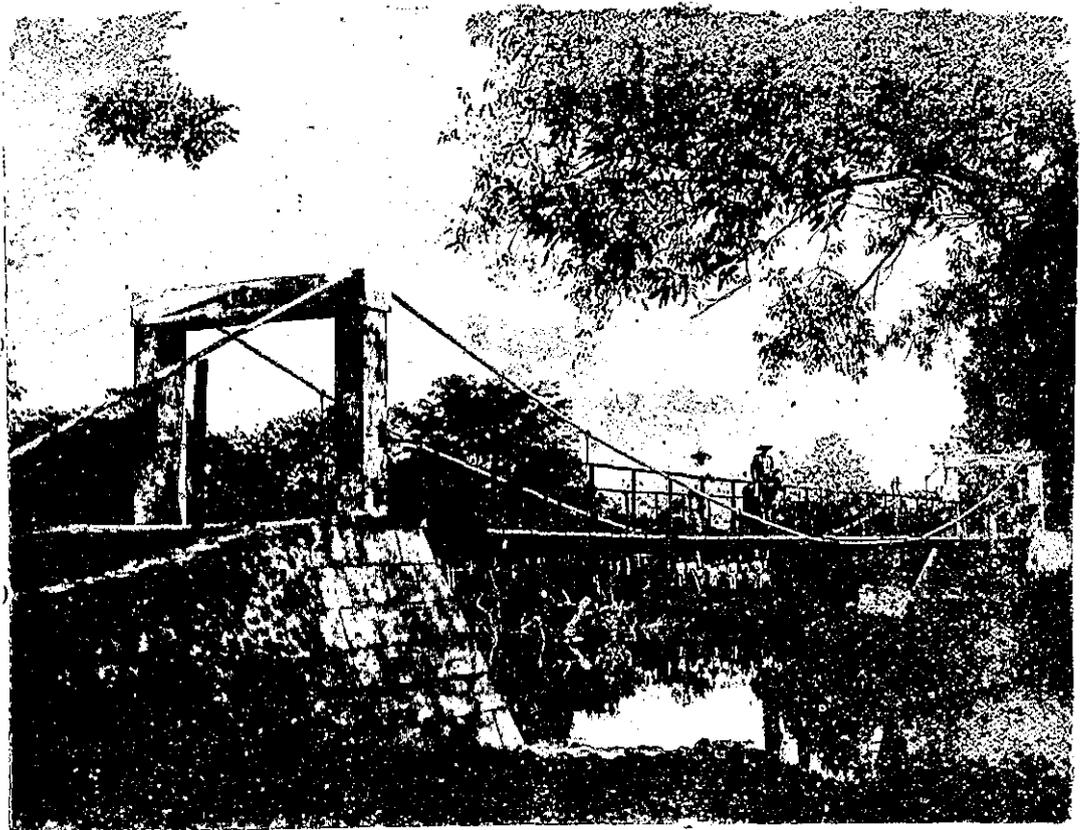
Era de una humildad exagerada; parecía
que temiese el renombre. Una especie de can-
dor lo turbaba cuando se le elogiaba. Los ho-
nores y las distinciones lo dejaban indife-
rente. Su modestia y los principios filosóficos
que profesaba, lo indujeron á rechazar la cruz
de la Legión de Honor. Aceptó los premios
académicos y diversas subvenciones para dedi-
car aquel dinero indispensable, á los experi-
mentos y á las averiguaciones costosísimas que
sus estudios exigían, pero siempre—dicen—
dió pruebas de un gran desinterés perso-
nal, y una de ellas es la de haber renunciado al
medio millón de francos que le ofrecieron los
americanos como precio á los primeros decigra-
mos de *radium* que él había obtenido y los que
prefirió conservar para no interrumpir sus es-
tudios.

Todos cuentan que era hombre bueno,
á pesar de que su aspecto exterior no mostra-
ba los signos, muchas veces falaces, de la bon-
dad. Su semblante aparecía siempre preocu-
pado; se le veía como encerrado en el pensa-
mientos, y acaso estas meditaciones y estas dis-
tracciones fueron las causas de su muerte
atroz.

El trágico incidente que ocasionó la muer-
te del Señor Currie, sucedió precisamente en la
entrada de la calle Dauphine, en una esquina.
El atravesaba cabizbajo la dicha calle, cuando
fué atropellado por los caballos de un pesadí-
simo carro que provenía del Puente Nuevo, y
unas de las ruedas le aplastó la cabeza.

Publica un periódico francés que uno de
los discípulos de Currie dijo llorando, cuando
supo la desgracia: "tenía el presentimiento de
que alguna calamidad le ocurriría á mi buen
Maestro. Era muy distraído ó imprudente y
caminaba por la calle absorto en sus pensa-
mientos sin preocuparse de los peligros."

ANTONIO BURGOS.



PUENTE SOBRE EL RÍO DAVID EN RISACUA (42 metros de longitud.)

Bajo pliegues de tul

PARA EL HERALDO DEL ISTMO

Yo no sé por qué oculto y apacible mandato
Viene á mi su recuerdo, tan sabido y tan grato.
Yo no sé por qué extraña dualidad estoy preso
Por el jugo de un labio y el aroma de un beso,
Entrevistos, en una tibia historia de Hadas,
Referida por unas indiscretas miradas,
En la calma aparente de una noche otoñal,
En que dos almas buenas se sintieron atadas
En un beso infinito, delicioso y triunfal.

+

Vanamente he logrado descubrir la divina
Vibración armoniosa de su charla argentina,
En la nota imprevista de insensibles bemoles,
Dada al viento por finos colibrís tornasoles:
Nada dicen sus labios á las almas inquietas
Buscadoras de nobles ambiciones secretas
Y sedientas de glorias y de fresco laurel,
A las almas que piden santidad de violetas,
Timideces de virgen y sabores de miel.

+

Pero en cambio, ella es una deliciosa morena
Que ha sabido ser dulce, bulliciosa y amena,
Siendo fiel á la hoguera que mantiene encendida
Con su savia creadora la embriaguez de la vida
En sus músculos plenos; que ha sabido, oportuna,
A su amante trovero regalar, una á una,
Las ocultas bellezas de su amor infantil,
Y con él ha soñado, á la luz de la luna,
Con los lirios de Mayo y las rosas de Abril.

+

Hubo ocultos temores, proyectó ser clarisa.
Animarse en la tierna santidad de Heloisa
Y fundar un convento para amantes livianas;
Sin saber que sus senos, como frescas manzanas,
Sin saber que sus labios de color de cereza
No son los de la amable religiosa que reza,
Que no tiene en su cutis un matiz de arbol
Ni en sus débiles curvas una sola riqueza
Ni en sus negras pupilas una gota de sol.....

+

Cuántas horas felices ya se hubieran corrido
En la paz de una celda, sin temer el olvido
De su amante trovero de rizada melena.....!
Ella quiso ser dulce, bulliciosa y amena;
Saboreó la caricia de quien bien sabe amar,
Y escuchó una mañana el meliflúo cantar
De un alegre, divino y amoroso bulbul,
Y sus negras pupilas prefirieron brillar
Con destellos de fuego, bajo pliegues de tul.....

1906.

HERMES CEPEDA

Estela



Te dejo mi corazón como una gran flor
roja llena de lágrimas. Te quie-
siera dejar muerta mil veces, como
á mi madre, porque así tendría la se-
guridad de que solo el silencio ron-
daría cerca de tí... ¡El mal pensa-
miento no llega á las tumbas! ¡Cuán
feliz me iría si te dejase debajo de
la tierra! ¡Los seres que se aman y
se dejan, debieran extinguirse! ¡Amor
á los muertos, no dudar de los vivos!
Mientras no estoy junto á tí me pa-
rece que todos te manchan. ¡Oh, los hombres
son unos infames...! ¡Las mujeres son tan
débiles! Me iría tranquilo, aunque sombrío si
la tierra hubiera cerrado una de sus infinitas
bocas negras sobre tu cuerpo, no acabado de
besar por mis labios insaciables! Y tengo que
dejarte viva... entre la gran pira de los estú-
pidos alegres... entre los que te hablarán de
mí para usurparme tus encantos... y acaso
tu alma; y tengo que llevarme en la cabeza la
enorme red de nuestros recuerdos: de todas las
horas de nuestro amor infinito. ¡Oh, si estuvie-
ras en la tumba! ¡Volveré? ¡Quién sabe! No sé
dónde me arroje la tempestad de mi vida. Yo
huyo, y tú te quedas. Tú eres flor, yo humo.
¡Tu jardín está aquí, mi horizonte distante!
¡Quién sabé? Pero donde quiera que vaya, á la
aurora, á la noche, á la cumbre ó al abismo,
tú santificarás mi pensamiento, tú serás el ala
blanca que irá refrescando mis sienes, el aro-
ma lejano que irá inundando mi espíritu con
ráfagas de recuerdos inolvidables; serás el can-
to único que vibrará en mis oídos, la esperan-
za postrera que irradiará en mi postrer horizon-
te.....!

.... Te dejo mi corazón como una gran flor
roja llena de lágrimas.... Adiós!

JULIO FLOREZ.

Bogotá, 1905.



Los cascabeles de Taboada



SCRUPULOS de sensiblería suelen movernos á tolerancia con los muertos. Ignoro por qué consideramos á la muerte como la definitiva liquidadora de nuestras deudas con los que desertan eternamente de la tierra. A veces me siento tentado á ver en aquella indulgencia una forma de la hipocresía. Tememos que nuestra severidad con el que se va, nos traiga reputación de crueles, reproche que nadie se atreve á afrontar, no por lo que humilla, sino porque conceita odios. A Taboada se le tuvo en vida por un bufón amable y simpático que percibía copiosos emolumentos sobre la risa de los españoles. Apenas muerto se le ha llamado satírico y si mal no recuerdo ha ido su nombre en pareja, con honores de semejanza, con el de Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, un novelista español que floreció en el amanecer del siglo XVII. A falta de preces, que el escritor fallecido hubiera desdenado por dudar de su eficacia, ha caído sobre sus cenizas una catarata de ditirambos. Nada de definir la personalidad literaria, ni de hacer lo posible por fijar lo que significaban sus escritos en nuestro tiempo. El bombo seco y rotundo. ¿Quién se hubiera atrevido á remover su obra, á estudiar al escritor y á tratar de explicar los motivos probables de su popularidad? Aquél hombre, que fue en su existencia privada un gran desventurado, quiso edificar para el prójimo un paraíso con bloques de arena, un paraíso artificial indudablemente: ve-

sentación sin un solo aplauso para la obra ni para el autor, exclamó Taboada, encarándose con el mismo señor de antes: "Caballero: ¿le debo á usted algo?... " y salió del teatro, sin esperar respuesta.

Intimos suyos á quienes debo dar crédito, aseguran que aún en el umbral de la muerte se mantuvo festivo y escéptico como un discípulo de Epicteto. Desahuciado por los médicos, la señora que le cuidaba le recordó, con esa previsión femenina con que las mujeres se preocupan de asegurarse la tranquilidad en el otro mundo, que se confesase.

— "Hijo mío!—exclamó Luis Taboada dirigiéndose al menor de sus vástagos —légate á la Iglesia y dí que traigan pronto los Santos Sacramentos!" "Oyo—añadió antes de que el niño saliera de la alcoba —advértele al cura que son para Taboada y que traiga de los mejorcitos..."

Cuando un hombre afronta con esa entereza de ánimo y con ese humor la vida y la muerte, antes que digno de piedad, excita nuestra envidia. Es invulnerable á todo. Su filosofía, su alegre estoicismo le protegen contra las traiciones del prójimo y las amarguras del destino. El tránsito del ser al no ser que tanto sobrecogía á Hamlet ha debido ser para él una broma más.

* *

¿Qué fué literariamente? ¿A qué necesidad

Belleza y armonía



De mis notas

PARA "EL HERALDO DEL ISTMO."

Al noble amigo y distinguido maestro, Salvador Díaz Mirón, dedico.



SE murió ayer. Hace pocos días la ví, flaquita y arruinada, recién excluída de la escuela. Y fué porque el médico dijo á la maestra que esa alumna era perjudicial.

"Y yo que no he hecho sino estar muy callada—pensaba la pobre niña—estudiar mucho y ser muy puntual! ¿Qué quiere ese médico? Si la maestra jamás me dice nada..."

Cuando, con el saquito de libros bajo el brazo, llorosa y huraña y meditando, llegó á la casa y contó que no la recibían más en la escuela y vió á su madre llorar, sin hablarle de arreglar ese asunto, sintió la pobre niña eso que siente el que deja escapar una creencia muy querida, y que le quema la piel la gota aquella de sangre purulenta escapada por entre el araño del rencor.

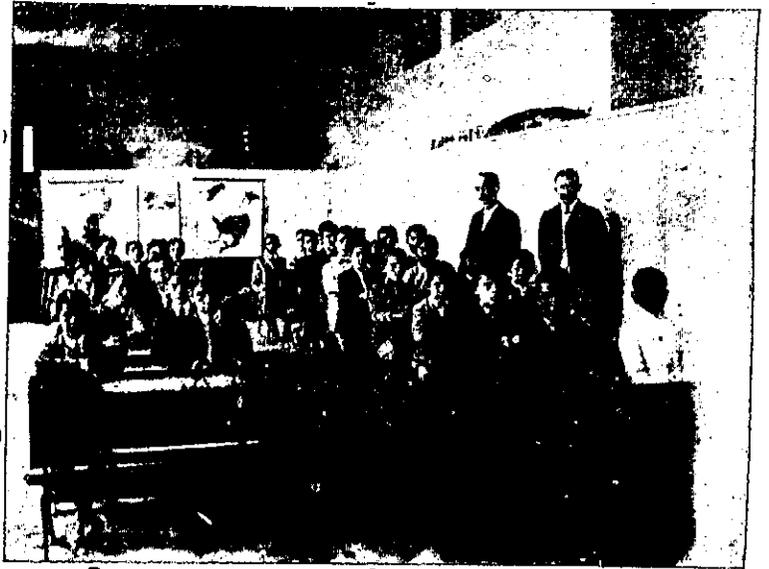
Resignada, sin embargo, en vez de estudiar tosía y bordaba pañuelos. La cuidaban entonces más que antes, y el amor, que á veces también mata, la tenía recluída en la sillita de lona, con mucho abrigo, muy á la defensa del viento, muy en un cuartito invariable, en donde ni repartían premios, ni contaban lo de Juana de Arco, ni se subía un puesto.

En el centro, la mesa con la lámpara y un retrato de Juárez ó de Maximiliano; era lo mismo.

A un lado de la sillita, una escupidera con agua fenicada y, hacia el rincón, la cama, en cuya cabecera, colgando, una irónica Dolorosa, con el rostro medio oculto bajo un manto azul muy bordado, parecía reírse del dolor intenso, mudo, inconsciente, de la mártir de doce años.

"Nada pueden decirme. ¿No hay otras en la escuela que son más malas? ¡Y mamá que no va á hablar con la maestra..."

Cansada de que la cuidaran, ansiosa de aire, salió un día á la puerta que da á la calle. Cerca de la puerta jugaban los dos niños del vecino; dos viejos amigos de la niña enferma. Ella se acercó y quiso acariciar al más pequeño; el otro



UNA VISTA DEL COLEGIO NACIONAL DE COMERCIO É IDIOMAS (A la izquierda están los señores Hoffman y Comas Director y Sub-director del Colegio respectivamente.)

se interpuso. "¡No lo toques!—gritó colérico.—Tú estás podrida y lo matas."

La chica volvió á su silla.

"¡Yo... podrida..."

Un día oyó—¡tenía el oído tan fino!—que su mamá contaba algo á una señora visitante.

"Mejor sería—así dijo la madre—que Dios se la llevara pronto. ¡Pobrecita! Como que lo comprende todo..."

En ese momento, la niña lo comprendía todo.

"Me echaron de la escuela; mamá quiere que Dios me lleve. ¿Qué quiere Dios conmigo, si estoy podrida? ¡Y me decían que si era buena, sería feliz! No; si no me quieren, con no quererme, con eso hay. Yo he sido buena... yo no molesto á ninguno..."

Cada día más triste y desengañada; viviendo más á medida que vivía menos, dejó que el odio hiciera su trabajo y en las entrañitas de la virgen impúber no germinaban ya las rosas fulgurantes de la dicha y se agitó el microbio de la amargura y del desprecio.

"Era una infamia ¿por qué la habían engañado? ¿De qué se querían vengar? Si ape-

nas estaba madurándose para vivir ¿qué falta podía haber cometido?"

El dolor tuvo su término. Un día sintió la enfermita un ardor en la espalda, entre los omoplatos: tosió y oyó entonces como si por dentro se derramaran granitos; algo muy raro; algo parecido—no lo sé, pero lo creo—á lo que siente un duraznero cuando, al soplo leve de una brisa, cubre de flores el suelo. Gustó cuando se le llenaba la boca de un líquido melado; escupió: era sangre.

Gritó y corrió á sentarse. Llamaron al médico. Ya era tarde.

La niña volvió los ojos y se murió convencida de que todos en este mundo la habían engañado; todos: sus amigos, la maestra, su mamá.

ISRAEL VÁSQUEZ YEPEZ.

En el mar

PARA ROQUE J. FRANCO

¡Oh, qué hermoso es el mar embravecido!
¡Cómo se ensancha mi alma al contemplarle!
¿Quién llama al hombre—ante ese mar—pequeño!
¡Precisamente aquí me siento grande!

El relámpago rasga las tinieblas,
Los rayos pasan, sin herir el mástil,
Cerca del barco, que se eleva y baja
En la llanura inmensa y ondulante.....

¡Y cómo rugen las olas á estrellarse!
¡Cómo vienen las olas á estrellarse
En la nave altanera... y cómo saltan
Hasta mi rostro líquidos diamantes!

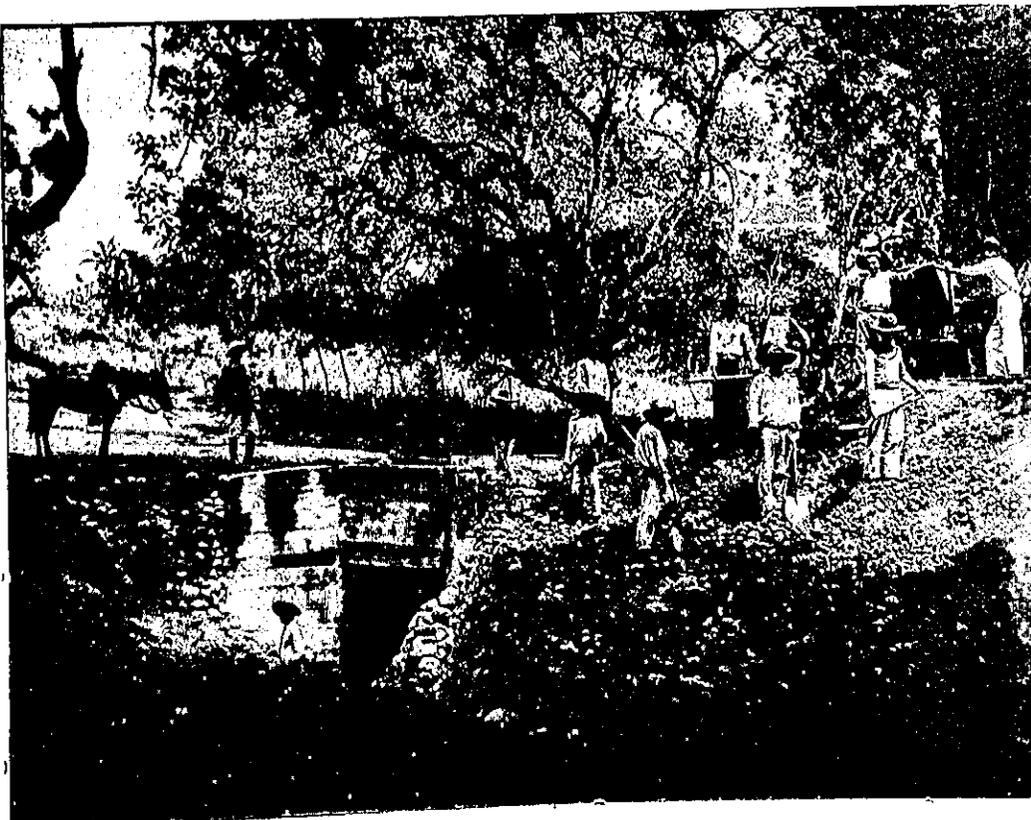
Amargas, ó salobres como lágrimas,
Algunas gotas en mis labios caen.....
¡Bebo el llanto de rabia del Océano!
¡Bebo el llanto de rabia del gigante!

La prora rompe las tremendas olas
De la soberbia inmensidad de encaje....
¡Domino el mar y me contemplo fuerte
En las débiles tablas de mi nave!

Me parece que al ver como le venzo,
Llorarán de despecho y de coraje
El cielo altivo y el abismo airado....

Gime el viento, cortando en los cordajes,
Y siento... no sé qué... fuerzas del alma....
La embriaguez de lo inmenso que me invade!

JOAQUIN PABLO FRANCO.



CAMINO NACIONAL DE DAVID Á PANAMÁ—PASO DE LA QUEBRADA DEL PUEBLO EN DAVID—PUENTE DE HORMIGÓN.

Del peligro de estar en cama

EL hombre de la boletería de la estación, me preguntó:
—¿Una boleta de seguros contra accidentes, también?

—No—le respondí, después de pensar un momento.—Creo que no la necesito. Hoy voy á pasar todo el día en el tren. Pero mañana no estaré de viaje. Deme una para mañana.

El hombre pareció sorprenderse, y dijo:

—Pero se trata de un seguro contra accidentes, y, por lo mismo, si usted va á viajar en tren....

—Por lo mismo, si voy á viajar en tren, no lo necesito. Un accidente en casa estando en cama, es lo que puedo temer.

Antes de esta conversación ya había tenido yo oportunidad de estudiar el asunto. Sabrán ustedes que el año pasado hice, en mis viajes, veinte mil millas, casi siempre en tren; que el año anterior, había hecho más de veinticinco mil, la mitad por mar y la mitad por ferrocarril, y el año antepenúltimo al rededor de diez mil, exclusivamente en tren. Agregando á esto los viajes sueltos, de aquí para allá, creo poder decir que durante los tres años citados he recorrido, en mis viajes, unas sesenta mil millas, y sin sufrir nunca ningún accidente.

Ahora bien. Por mucho tiempo estubo diciéndome á mí mismo todas las mañanas: «Bueno; hasta ahora he podido escaparme, y, por lo tanto, son muchas las probabilidades de que me ocurra hoy un percance. Seré precavido, y compraré una boleta de seguro». Y con una puntería moral notable, compraba la boleta y sacaba siempre bolita blanca, y esa noche me iba á la cama sin una descompostura ni un hueso astillado. Acabé por cansarme de esta especie de contrariedad diaria, y entonces me puse á comprar boletas de seguro válidas por un mes. «Es imposible,» pensaba, «que uno pueda sacarse de una sola vez treinta bolitas blancas».

Pero estaba equivocado. Nunca hubo para mí premio alguno en esos lotes mensuales. Podía leer casos de accidentes ferroviarios todos los días á la verdad, la atmósfera de los diarios estaba cargada de ellos,—pero, no sé por qué, esos accidentes no me salían nunca al paso. V. que había gastado ya una buena suma de

dinero en la cuestión seguro, y que no tenía nada que mostrar en cambio. Con esto se despertaron mis sospechas, y empecé á buscar á mi alrededor á alguno que hubiera ganado alguna vez en esa lotería. Dí con muchísima gente que había puesto dinero en ella, pero no con un individuo que hubiera sufrido alguna vez un accidente ó ganado un centavo. Entonces dejé inmediatamente de comprar boletas de seguro, y me puse á hacer un cálculo. El resultado fué estupendo. El peligro no está en viajar, sino en quedarse en casa.

Me lancé en busca de datos estadísticos, y ví con asombro que, según los deslumbrantes encabezamientos de las noticias de los diarios sobre accidentes de ferrocarril, no alcanzaban á trescientas las personas que habían perdido la vida en esos desastres, durante los doce meses precedentes. El ferrocarril de Erie aparecía como el más homicida en la lista. Había muerto á cuarenta y seis... ó á veintitrés. No recuerdo cuál de estas dos cifras era la exacta; sólo sé que representaba el doble de la de cualquier otro ferrocarril. Otros cálculos demostraron que la empresa de ese ferrocarril transporta todos los días á unas once ó doce mil personas, por lo menos. Muchas, muchísimas de las líneas cortas que salen de Boston, hacen una buena mitad de eso. Muchas son también las líneas desparramadas por la Unión, que tienen un prodigioso tráfico de pasajeros. Por lo tanto, se podía suponer que el término medio de los pasajeros transportados diariamente por cada ferrocarril, era de dos mil quinientos.

Tenemos, pues, que los ochocientos cuarenta y seis ferrocarriles que existen en el país, transportan más de dos millones de pasajeros por día, ó sea seiscientos cincuenta millones por año, sin contar los domingos. Que hacen esto, es incuestionable; aunque de dónde sacan la materia prima para ello, es algo que sale enteramente de la jurisdicción de mi aritmética. Porque he revisado el censo de arriba abajo y de costado, y he visto que no hay tanta gente en nuestro país; sobran, por lo menos, unos seiscientos diez millones. Probablemente, los ferrocarriles han de aprovechar más de una vez á los mismos pasajeros.

Por otra parte, todos los años mueren unas veinticinco mil personas en la ciudad de Nueva

Bellezas de la vida



STA. ANGELINA YÚDICE.

York, cuya población es de un millón de almas. Tomando por base este dato, puede considerarse que, en los Estados Unidos, veinticinco mil personas por cada millón de almas tenemos que morir todos los años. Como nuestra población total es de cuarenta millones, resulta entonces que un millón de nosotros muere anualmente. De este millón diez ó doce mil personas ahogadas, ó «baleadas,» ó ahogadas, ó ahorcadas, ó envenenadas, ó que tienen algún otro fin trágico en alguna otra forma corriente, como la de ser víctimas de una conflagración combinada de lámpara de kerosene y miriñaque, ó quedar sepultados en las minas de carbón, ó caerse del techo de alguna casa, ó hundirse junto con el piso de alguna iglesia ó salón de conferencias, ó tomar medicinas privilegiadas, ó suicidarse de alguna otra manera.

Bueno. El ferrocarril de Erie mata de veintitrés á cuarenta y seis personas, y los otros ochocientos cuarenta y cinco ferrocarriles restantes, matan un término medio de un tercio de hombre cada uno; de modo que el resto de ese millón, que asciende en total á la estupenda cifra de novecientos ochenta y siete mil seiscientos treinta y un cadáveres, muere de muerte natural en sus casas....

Me disculparán ustedes, si después de averiguar esto, he resuelto no volver á correr en esas camas el riesgo de un accidente. Con los ferrocarriles tengo bastante.

Y mi consejo para todo el mundo es este: No se dejen estar ustedes en casa sino cuando no pueden remediarlo; y, si tienen que quedarse en casa alguna vez, compren un paquete de esas boletas de seguro contra accidentes, y pasen la noche sentados. Por muchas que sean las precauciones que adopten, nunca serán exageradas.

Se comprenderá ahora por qué respondí al boleterero de la estación en la forma indicada al principio.

La moraleja de esta composición es que las personas irreflexivas gruñen más de lo que es justo á propósito de la manera como funcionan los ferrocarriles en los Estados Unidos. Considerando que todos los días y noches del año, no menos de catorce mil trenes de diversas clases, cargados de vida y armados de muerte, corren tronando por sobre la tierra nuestra, podemos maravillarnos, no de que maten trescientos seres humanos por año, sino de que no maten trescientas veces trescientos.....

MARK TWAIN.



CAMINO NACIONAL DE DAVID Á PANAMÁ—BAJADA DEL VARITAL Á RISACUA.